

## Memoria de los años 1960, en Córdoba

Héctor Schmucler

Cuando las organizadoras de esta Mesa Redonda me solicitaron que dijera algunas palabras sobre el clima espiritual de los años '60, me ofrecieron un par de buenas razones: yo era amigo de Luis Prieto desde aquellos años y habíamos coincidido en no pocas actividades académicas y públicas marcadas por los acontecimientos de la época. No pude dejar de sentir —aunque no se los dije— que me llamaban como veterano. Hay palabras que uno repite durante toda la vida y, súbitamente, aparecen extrañas. A veces, cuando eso ocurre, se suele acudir al diccionario. Con cierta inquietud comprobé que veterano viene de “viejo” y que, según la versión de la Real Academia, se lo usó originariamente para los militares que por haber servido mucho tiempo son expertos en las cosas de la profesión. Pero también se aplica el término veterano, por extensión, a quien sea “antiguo y experimentado en cualquier profesión o ejercicio”. La generalización del concepto, quién sabe porqué, me trajo calma. El veterano, pues, sabe porque ha pasado muchos años haciendo algo. Por eso se presupone que los viejos saben; porque han pasado muchos años en el mundo. El viejo sabe si tiene memoria, si sabe buscar en la memoria. Pero ¿qué es saber buscar en la memoria? Tal vez saber, es *saber-buscar-en-la-memoria*. Es decir que el saber sólo se realiza hoy, en el presente. Se realiza en el presente ese saber buscar en la memoria, o no hay saber. Por eso el que sabe da cuenta de sí mismo y no sólo evoca cosas. En este *saber-buscar-en-la-memoria* habla de él en el presente. Hablar de la memoria, en consecuencia, es hablar de uno. El que sabe, el viejo o el veterano, es el que sabe qué cosas recordar. En este sentido, Funes, el famoso memorioso de Borges, en realidad no sabía nada. Y no sabía nada porque recordaba todo. No sabía *qué* cosa tenía que recordar, porque no sabía *qué* olvidar. Para Funes todo era exactamente lo mismo.

Walter Benjamin, en una iluminadora página titulada “Desenterrar y recordar”, observa que “la memoria no es un instrumento para la exploración del pasado, sino solamente el medio. Así como la tierra es el medio en el que yacen enterradas las viejas ciudades, la memoria es el medio de lo vivido. Quien intenta acercarse a su propio pasado sepultado tiene que comportarse como un hombre que excava. Ante todo no debe temer volver siempre a la misma situación, esparcirla como se esparce la tierra, revolverla como se

revuelve la tierra [...] Sin lugar a dudas es útil usar planos en las excavaciones. Pero también es indispensable la palada cautelosa, a tientas, en la tierra oscura. Quien sólo haga el inventario de sus hallazgos sin poder señalar en qué lugar del suelo actual conserva sus recuerdos, se perderá lo mejor". Si me atengo a estas hermosas frases de Benjamin, debería decir que hablar de los años 1960 me obliga a hablar de *mis* años '60; más aún: de mis años '60 en Córdoba. Y mis años '60 en Córdoba, rigurosamente, son el recuerdo de la primera mitad de esos años. Los que van de 1960 a 1966. Los años de Prieto. Esos fueron los años de Prieto, para mí. Fueron para él, para mí y para muchos otros que espectralmente —porque se me aparecieron hoy— nos acompañan esta tarde.

Para usar una metáfora militar —como homenaje al origen de la palabra "veterano"— diré que esos años, esa mitad de los años '60, fueron los años en los que nos preparábamos para la guerra. La guerra —en aquel entonces— tenía un sentido: la Revolución. La revolución, a su vez, subsumía todos los sentidos posibles. Después, vino la guerra. Y también la fiesta. Después, vino también la muerte. Recordar hoy, tal vez sea el ejercicio de hacer presentes algunas palabras claves. No sólo aquellas que pronunciábamos, sino también aquellas que estuvieron ausentes. La primera de esas palabras ya la mencioné: revolución. La segunda, que merece el recuerdo, es "desmitificar". Vivíamos con una excesiva confianza en la razón que nos empujaba a desmitificar todo: desmitificar el lenguaje, desmitificar el amor, desmitificar la historia. Negábamos la tragedia. Queríamos construir nuestro propio destino. Nosotros ser los constructores de nuestro destino. Queríamos hacer transparente el mundo, pero las palabras no nos alcanzaban. Seguramente en aquellos años no sabíamos —yo no sabía— que las palabras nunca alcanzan. No sabíamos que tal vez el más alto destino que se nos ha dado es vivir buscando *la* palabra sabiendo que nunca lo lograremos. El nombre de Dios es impronunciable. Puesto que no sabíamos que en la naturaleza de las palabras está el no alcanzar, estallábamos. De pronto, en aquellos años de esta excesiva confianza en la razón, algún relámpago descubría nuestra incertidumbre, nuestra extrañeza. Desde el presente, desde el lugar que nos aconsejaba Walter Benjamin, podemos sospechar que detrás de engeguedoras afirmaciones se escondían asombros ante misterios que no podíamos ver. La revolución era un ansia de totalidad a través de la cual la redención se hacía posible. Y la redención era el advenimiento de un hombre nuevo, aureolado de dignidad en un mundo donde imperaba la justicia. Un hombre libre de ataduras haciéndose a sí mismo. Por eso se nos mezclaba Marx con Cortázar y con Sade. Algunos habíamos arrancado en Lenin, otros en Sartre. Otros, en los Evangelios. Prescindíamos todos —todos aquellos de los que yo me acuerdo— de la posibilidad de que hubiera una eternidad. Prescindíamos de la posibilidad de que ese hombre que buscábamos sólo podría existir si estaba vinculado a

esa eternidad. La magnitud de nuestros sueños no dejaba lugar a la vigilia que nos alertara sobre lo vano —lo insustancial— de algunas de nuestras apuestas.

Desde antes de aquellos años '60, algunos habíamos buscado en "el Partido" ese absoluto de la razón que podía conducir el destino de la historia. Buscábamos en él a un dios construido de respuestas; de tajantes y verdaderas respuestas. Algunos, con el tiempo, fuimos aprendiendo que Dios, en realidad, es la suma de todas nuestras preguntas. Eran reales los males que combatíamos. Desde este espacio presente en el que podemos indagar el pasado, es preciso reconocer que aquellos peligros —la impiedad, la injusticia, la intolerancia— se han multiplicado. También han crecido los datos para la desesperanza aunque ellos no nos obligan a la resignación. Algunos creemos que no todo está perdido si somos capaces para el asombro, si podemos gozar ser parte del misterio. No todo está perdido si de los años '60 podemos rescatar el entusiasmo, que entonces se escondía de su origen: estar inspirado por los dioses. Si, en lugar de la pura instrumentalidad a la que aspira la técnica informática, podemos recuperar en las palabras la densa gravedad del sentido. Esa gravedad que nos hace responsables del mundo y que, entre la fiesta y la muerte, creímos vivir en los '60.